trasplantes, el doctor Christian Barnard ha anunciado que la próxima operación se hará sobre un negro, lo cual va a terminar por conmocionar a los blancos de Africa del Sur, que se plantean la cuestión metafísica de si un pecho «blanco» puede aguantar los latidos de un corazón «negro».

En las fotos, el doctor Barnard manteniendo una rueda de prensa recién terminada la operación, y Philip Blaiberg, acompañado por su esposa, en el hospital Groot Schuur.

LETRAS

EL NADAL 67

La ya larga y prestigiosa lista de los premios Nadal culmina, por ahora, con el nombre del joven periodista y escritor José María Sanjuán. Su novela, «Réquiem por todos nosotros», logró clasificarse, tras reñida competición con «El reinado de Witiza», de Francisco García Pavón, en el primer puesto, por cinco votos contra dos. Ambos libros destacaron claramente desde las primeras eliminatorias del jurado. En tanto fueron quedando sucesivamente descartadas novelas como «El gran Kingo», de Ana María Moix; «Padreando dolores», de Domingo Manfredi; «La información del lunes», de Fernando Quiñones; «Dejando atrás Roma», de Ricardo Laustalet, y «Al otro lado de la mañana», de Francisco Baeza, las de Sanjuán y García Pavón remontaron todas las votaciones. Una vez más, el jurado del Nadal —compuesto esta vez por Juan Teixidor, Juan Ramón Masoliver, Néstor Luján, Antonio Vilanova, José María Espinás, Rafael Vázquez Zamora y José Vergés— cumplía su compromiso con la novelística española, ofreciendo un nuevo valor de nuestra narrativa contemporánea. Y una vez más probaba la sostenida independencia que ha situado el premio, por él discernido, a la cabeza de todos los que en España se conceden. El galardón creado por el semanario «Destino», hace ya veinticuatro años, en memoria de uno de sus redactores, ha recorrido, cumplidamente, un largo y provechoso periplo.

«Réquiem por todos nosotros» plantea un aspecto de la crisis de la juventud actual, personificado en un hombre que logra escalar los más frívolos ambientes y que durante una noche —en la que transcurre la acción de la novela—, y tras un accidente automovilístico, en el que resultan gravemente heridos cinco de sus compañeros, evoca su agitado pasado. Con esta obra, José María Sanjuán une su nombre, como decimos, a la nómina de «los Nadales», en la que figuran ya, entre otros, escritores como Carmen Laforet, José María Gironella, Rafael Sánchez Ferlosio, Carmen Martín Gayte y Miguel Delibes. José María Sanjuán, que cuenta treinta y tres años de edad, había ganado anteriormente con sendas narraciones los premios Sésamo y Hucha de Oro. Su labor como novelista y articulista es ya muy extensa. Personalmente se considera un escritor enclavado «en la nueva conciencia», preocupado por los problemas de nuestro tiempo, vistos siempre desde un ángulo existencial cristiano.

Fotos: CIFRA y EUROPA-PRESS

Por RAFAEL SANCHEZ FERLOSIO

UNOS OJOS REDONDOS COMO PLATOS

el prestigioso nombre de educación. «Sobre la Pedagogía decía Juan de Mairena en sus momentos de mal humor: Un pedagogo hubo; se llamaba Herodes». El día de la Degollación de los Santos Inocentes es justamente la fiesta del engaño.

Pero este mismo impulso que se me antoja ver tras el engaño en cuanto tal parece confirmarse en lo que ocurre en una casa acomodada en la mañana del día 6 de enero: con un improvisado arte de escaparatista se ha organizado a lo largo de la noche la ostentosa exposición de los regalos, hechos ya, por su simple **mise en scène**, pregoneros y apologetas de sí mismos. El fementido «¡Oh!» de asombro de los padres que al abrirse la puerta se anticipa, inductor, al embeleso de los niños recuerda la poco airosa figura del **claqueur**, que desencadena el aplauso de la sala, o la hechizada representación del propio consumidor en el cartel publicitario, o mejor todavía, la carcajada teledirigida de algunos programas cómicos de televisión, donde lo inducido por mimesis ya no es el signo de la aprobación, sino la reacción misma, o, en fin, la pintoresca comparsa generalmente femenina de la **troupe** circense que tiene la exclusiva función de subrayar y encarecer con un ademán de estupefacta admiración o, incluso, con un estereotipado y restallante «¡Fantástico, muchachos!» el supremo prodigio de acrobacia, siempre para espolear por inducción la corriente aprobatoria y endilgar la mercancía.

Todo, allí dentro, parece haber sido dispuesto a favor de ésta y en desventaja de su destinatario: los regalos componen una totalidad estratégicamente organizada para que se refuercen los unos a los otros en una aparición repentina y milagrosa, en un asalto general y por sorpresa; y la inducción al asombro no viene sino al encuentro de la preparación escenográfica, con lo que los padres terminan de revelarse los más acérrimos y descarados partidarios de aquellos objetos, a los que no han descuidado conceder toda suerte de ventajas frente al niño, adelantándose a cualquier posible resistencia, para ganarlo por la mano. Todo se ha conjurado para reducir y usurpar su condición de sujeto que encara unos objetos, hasta el extremo de que se diría que el verdadero objeto no es otro sino él; no son los regalos los que son sometidos a la aceptación del inminente poseedor, sino que éste es en verdad el sometido, como mero paciente de reacción, al estímulo, o mejor todavía —para decirlo con toda la oportuna truculencia— a la agresión de aquéllos: no toma posesión de los objetos, sino que éstos se adelantan a apoderarse de él, desbordándolo y suplantándolo hasta el punto de convertirle en algo impuesto, aun el propio papel de poseedor. La entrada en la habitación de los juguetes puede evocar, con una imaginación un tanto chespiriana, el improviso movimiento de repliegue de los conjurados en derredor del príncipe, que abandonado en el centro de la sala queda a merced de los arqueros surgidos de repente de todos los rincones; no de otro modo es entregado el niño y puesto a merced de los regalos, ni otra figura menos hiperbólica es la que se merece a mi entender el aparato escenográfico montado a los efectos.

De manera que aquí también se nos presentan —y con tan acrecentada intensidad que el engaño ha de aparecer, al lado de esto otro, un accesorio casi irrelevante y que se puede suprimir, sin miedo de aminorar los resultados— los mismos dos resortes coordinados que me ofrecía el engaño en cuanto tal: un motivo inmediato y ostensible de placer en el agente y un efecto opresivo en el paciente. En cuanto a lo primero, si aún cabía dudar de ello en el engaño, resulta aquí tan palmaria la experiencia psicológica de análogo placer, que sería excusado encarecerlo; placer que en este caso puede, además, gozarse en la más dulce paz de la conciencia, en la más confiada y complacida impunidad —cosa que no acababa de ocurrir del todo en el engaño—, en la medida en que el orgasmo provocado a su vez en el paciente presta al agente una coartada inconmovible —«mi dicha es la de veros dichosos a vosotros, hijos míos»— y halagadoramente sumergido en el dorado limbo del amor paterno puede dar rienda suelta a sus equívocos impulsos y recibir, sin menoscabo, todo el placer que de ellos se deriva. Este consiste en producir un éxtasis, un **shock**, y el entero montaje se dirige a darle la mayor intensidad posible; todas las fuerzas se concentran en potenciar los efectos del estímulo para llevar al paciente hasta el arrobo. No en otro efecto se cifra todo el placer de los fautores: con indecente avidez mantendrán la mirada sobre el rostro del paciente para verlo demudarse de estupor, como si en el deliquio en que se pierde contemplasen el reflejo más vivo y excitante de su propio poder y hegemonía. En cuanto a lo segundo —esto es, al resultado sobre el niño—, es fácil imaginar hasta qué punto, súcubo de un orgasmo semejante, ha de quedar fuera de juego, desmanteladas todas sus defensas, sujeto a una capitulación sin condiciones. Y no se trata tanto de la liquidación de sus reservas críticas frente a los regalos, que raramente habrían de hallar en él criterios verdaderamente autóctonos de discriminación cualitativa, cuanto de algo más primario, que es previa condición indispensable al nacimiento y desarrollo de esos criterios mismos: se trata de la manera de entrar en contacto con las cosas, de la que dependerá el dominio de su relación con ellas, la autonomía de la subjetividad. Pues bien, tan desarmado se encuentra para el trance, que ni siquiera se llegan a constituir ante sus ojos auténticos objetos, que para serlo necesitan de un sujeto en activo frente a sí: el sortilegio ha de dejarlos en la condición de simples estímulos en la misma medida en que el sujeto se ha visto rebajado a mero paciente de reacción; lo cual aún vendrá a dar por segundo resultado el inerte, automático e indistinto acatamiento del propio mundo del que aquéllos son representantes.

«Mi dicha es la de veros dichosos a vosotros, hijos míos»; es la torva fruición de castigar y humillar su humanidad, trocando el ceño aquilino y agresivo de la atención y el pensamiento —que es el semblante mismo de la subjetividad soberana de sí propia, que planta cara a los estímulos y los cuaja en objetos al quedarles contrapuesta— en el ojo redondo de la estupefacción.